



Un maestro samurai paseaba por el bosque con su fiel discípulo, cuando vio a lo lejos un sitio de apariencia pobre, y decidió hacer una breve visita a aquel lugar. Al llegar, pudieron comprobar la pobreza de las construcciones y de sus habitantes: un matrimonio y tres hijos, una sencilla casa de madera, vestidos sucios y desgarrados, sin calzado. Preguntaron al padre de familia: "En este lugar no hay posibilidades de trabajo ni de comercio, ¿cómo hacen usted y su familia para sobrevivir aquí?" Aquel hombre calmadamente respondió: "Tenemos una vaquita que nos da varios litros de leche todos los días. Una parte la vendemos o la cambiamos por otros productos en la ciudad vecina y, con el resto, producimos queso, cuajada, etc., para nuestro consumo. Así vamos saliendo adelante.

El sabio agradeció la información, contempló el lugar por un momento más, luego se despidió y se fue. Siguieron su camino y, un rato después, se volvió hacia su discípulo y le dijo: "Busca esa vaquita, llévala hasta ese cortado y empújala al fondo del barranco." El joven, espantado, cuestionó la orden recibida, pues la vaquita era el único medio de subsistencia de aquella pobre familia. Pero ante el silencio absoluto de su maestro, finalmente se dispuso a cumplirla. Empujó la vaquita por el precipicio y la vio morir.

Aquella escena quedó grabada en su memoria durante años. Un buen día, el joven, agobiado por la culpa, resolvió regresar a aquel lugar y contarle todo a aquella desdichada familia, pedir perdón y ayudarles en lo que pudiera. A medida que se aproximaba al lugar, veía todo muy bonito, con árboles, plantaciones, vehículos de labor, una gran casa y unos niños jugando en el jardín. El joven se entristeció imaginando que aquella humilde familia tuviera que haber vendido su terreno para sobrevivir, aceleró el paso y llegó hasta el lugar en que recordaba haber estado la vez anterior. El joven preguntó por la familia que vivía allí hacía unos cuatro años, y un hombre le respondió que seguían estando allí. Entró corriendo a la casa y confirmó que era la misma familia que visitó unos años antes con su maestro. Elogió todo lo que veía y preguntó al que fuera dueño de la vaquita: "¿Cómo han logrado ustedes mejorar este lugar y cambiar de vida?" Aquel hombre respondió: "Nosotros teníamos una vaquita que cayó por el precipicio y murió, y de ahí en adelante nos vimos en la necesidad de hacer otras cosas y desarrollar otras habilidades que no sabíamos que teníamos, y así alcanzamos el éxito que sus ojos pueden contemplar ahora."

Esta sencilla historia del samurai nos advierte contra el peligro del acomodamiento, que acecha sobre nosotros de continuo, incluso aunque nuestras posibilidades sean muy modestas. En nuestras vidas, todos tenemos una vaquita que nos proporciona algo que consideramos irrenunciable, pero que en realidad nos lleva a la rutina, nos hace dependientes y reduce nuestro mundo a lo que eso nos brinda.

Quizá es una dependencia de la televisión, de los videojuegos, o de un deporte o una afición que nos absorben demasiado y nos conducen al egoísmo. Quizá sea una búsqueda torpe de placer o de comodidad que enfrían el clima del amor verdadero, que siempre es sacrificado. Quizá es un sutil refugio en el trabajo, que nos sirve de narcótico para no sentir la llamada de otras responsabilidades. O quizá una tortuosa fijación en envidias, susceptibilidades y resentimientos que lastran tontamente nuestra vida. O incluso algo bueno, que teníamos antes pero ya no tenemos, y nos escudamos en eso para estar pasivos.

Cada uno sabemos cuáles son nuestros puntos de incoherencia o de escapismo. Es importante afrontarlos con valentía, sabiendo que superarlos será siempre una importante liberación.